

Hoy no puede ser



Texto: Anna Espinach

Ilustraciones: David Carretero

En el mundo hay un montón de parques de atracciones. Muchos. Muchísimos. Y Patri los conoce todos. Ya los conocía cuando aún no era suficientemente alta para poder subirse a alguno. Había visto todos los vídeos que había en Youtube y se moría de ganas por crecer y poder disfrutarlos. Tenía diez años y ya había visitado los que le quedaban más cerca de casa, pero había uno, Las Mil Maravillas, al que aún no había ido. Era el mejor. El más grande. El más alucinante. Ir allí le hacía tanta ilusión que por su cumpleaños le regalaron las entradas para pasar el día. El sábado 30 de marzo ella y Pepa -su hermana mayor- subirían a todas las atracciones de Las Mil Maravillas mientras su madre las saludaría desde abajo, con una sonrisa congelada -y es que su madre tiene un vértigo de miedo que no le permite disfrutar de nada que no sea con los pies pegados al suelo.

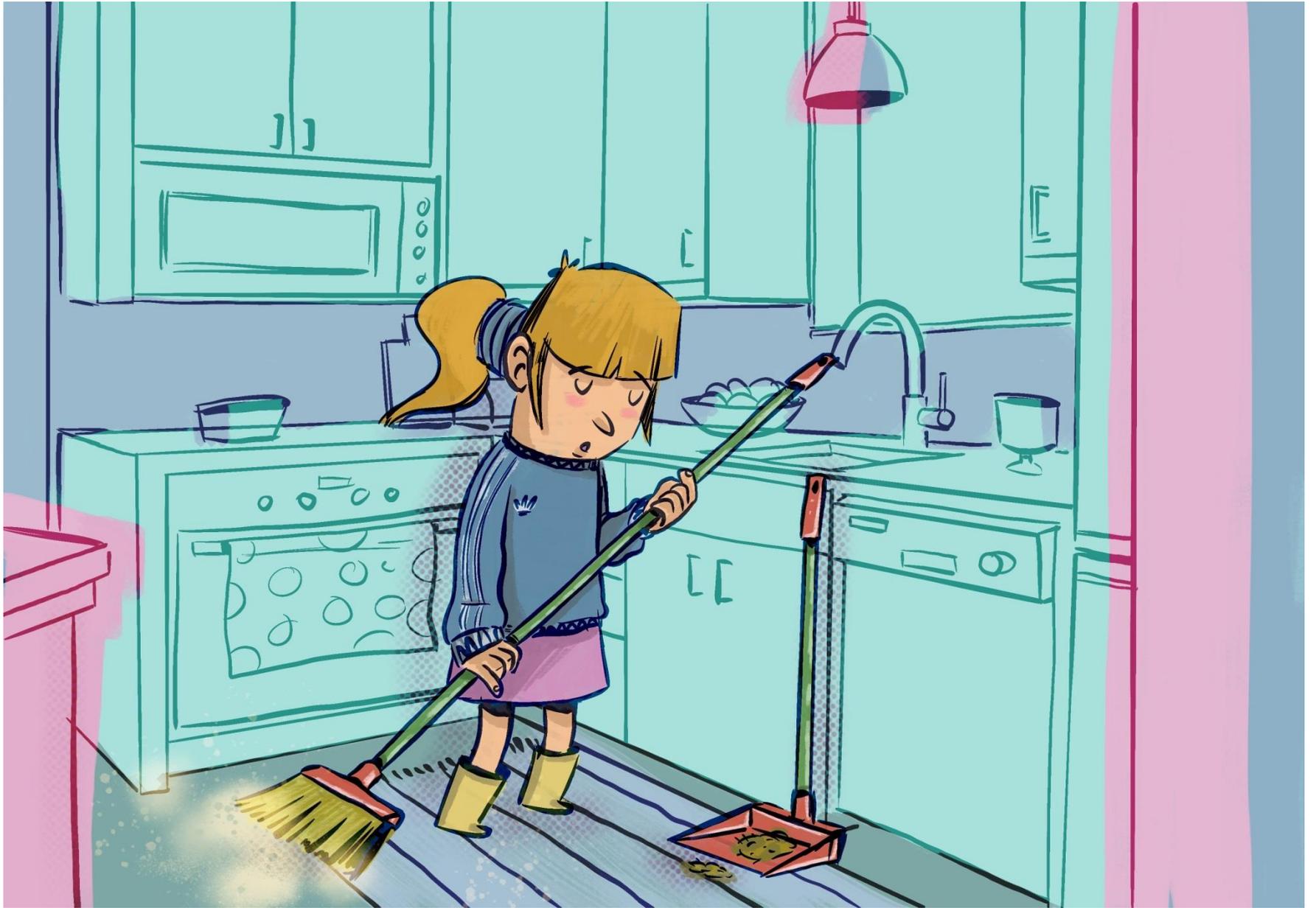
Durante aquel mes que quedaba para ir al parque de atracciones Patri debería hacerse la cama por la mañana, recoger la mesa después de cenar, barrer la cocina antes de ir a la escuela y enfadarse -al menos- un 80 % menos de lo que lo hacía. En realidad, estas eran cosas que Patri tenía que hacer normalmente, pero su madre había aprovechado la excusa para recordarle que todo el mundo debe colaborar en casa tanto en los trabajos como con su buen humor. Así que, durante un mes entero, Patri se hacía la cama cada día, recogía la mesa cada noche, barría la cocina y evitaba enfadarse cuando le entraban aquellas ganas irrefrenables. Y todo iba bien. Los días pasaban y el 30 de marzo se estaba acercando. Cuando su madre le daba permiso, Patri se conectaba a Youtube y revisaba los vídeos de aquellas magníficas atracciones de Las Mil Maravillas, y se imaginaba a ella y a Pepa haciendo giros imposibles y gritando como si en ello les fuera la vida.

Sí, todo iba bien.

Hasta el día 29 de marzo.

Su madre siempre corría, siempre iba con prisas, y si bien siempre salía airosa de choques y resbalones, la mañana del viernes día 29 patinó, se cayó y se rompió la pierna por dos sitios diferentes. La lluvia, las prisas y los adoquines de la acera no fueron la mejor combinación.

Con la pierna escayolada hasta la rodilla, la madre de Patri le contó a que, evidentemente, el sábado no podrían ir a Las Mil Maravillas. Patri, que vio como sus mejores planes se torcían en pocos minutos, intentó buscar soluciones: ir al parque de atracciones con los abuelos, llevar una sillita plegable para que su madre descansara mientras Pepa y ella subían a las atracciones o incluso llevarla en silla de ruedas. A todo, la madre respondió que no. Lo mejor era esperar un poco e ir en verano, cuando ya tuviera la pierna recuperada.



"Además, aunque yo no suba, me hace ilusión ver como vosotras lo pasáis bien", les dijo a sus hijas. Patri sintió como una gran decepción le crecía dentro y la ponía de muy, muy, muy mal humor. "Las promesas no se pueden romper así, ¡Mamá!", le espetó sin tener en cuenta que la culpa no era suya. "Además, lo he hecho todo bien, ¡desde que me regalaste la entrada! ¡Lo he hecho todo perfecto!", repetía. Su madre intentó hacerla entrar en razón: "A veces las cosas no salen como uno quisiera, y no es culpa de nadie. Es así y punto", le decía. En aquella ocasión había solución al problema, Patri podía estar contenta. Ir allí el 30 de marzo o el 30 de junio... ¡qué más daba! Pero esto, ella, no lo sabía ver -todavía-.

Enfurecida, Patri se pasó el resto de la tarde sentada en el sofá. Estaba tan enfadada que no quería ni siquiera ver los vídeos de Youtube que tan a menudo veía. No pensaba hacerse la cama ni recoger la mesa ni barrer ni nada de todo aquello que siempre le pedía su madre. "¿Todo aquello, para qué?", se decía. Y, por extraño que parezca, su madre la dejó estar. "Cuando te pase el disgusto, ya lo entenderás", le dijo a la niña. Pero Patri pensó que jamás de los jamases se le pasaría.

Aquel fin de semana siguió lloviendo. Pero después de la rabieta inicial, Patri empezó a calmarse. Veía a su madre, arriba y abajo, con las muletas pero con el buen humor de siempre. Seguro que tampoco le gustaba a ella estar así. No se había roto la pierna expresamente y, además, se tomaba unas pastillas para que no le doliera tanto ... una pierna rota por dos sitios ¡debe doler! Fue entonces, cuando Patri comenzó a sentir un poco de vergüenza de haber reaccionado como lo había hecho. Como una niña pequeña. "Pobre Mamá", se decía. "Se rompe la pierna y yo... ¡va y la lío!". No era justo, que se llevara así. "Con este tiempo, tampoco habríamos podido ir a Las Mil Maravillas", le dijo a Pepa, que era mayor y tenía que afrontar el disgusto de otro modo. "Es verdad. A veces las cosas se tuercen y no es culpa de nadie ", pensó Patri, "ni tan siquiera de las nubes".



Domingo por la noche, Patri cambió la cara y fue hacia la cocina. Era hora de cenar y había decidido dirigir las cosas. Le pidió ayuda a Pepa y entre ambas hicieron una ensalada y unos bocatas para que su madre pudiera descansar y no tuviera que cocinar. Como podéis imaginar, su madre se puso más que contenta. Después de cenar, las tres se sentaron en el sofá, charlaron y rieron. Y aún después, su madre puso en marcha el portátil y propuso ver un par de vídeos de los mejores parques de atracciones del mundo, "para ir ambientándonos", dijo con aquella risa que tenía. Bien visto, el 30 de junio no quedaba tan lejos. "Pero el día antes, Mamá, procura quedarte quieta. No queremos que ningún accidente nos vuelva a hacer cambiar de planes, ¿eh?!".

Desde entonces Patri siguió haciéndose la cama, recogiendo la mesa, barriendo la cocina y si bien no estaba siempre del mejor humor, se esforzaba todo lo que podía. También aprendió a doblar la ropa y convertirse en la encargada de regar las plantas del balcón, lo que descubrió que era francamente relajante. El 30 de junio fueron las tres a Las Mil Maravillas y fue uno de los días más emocionantes, como mínimo, de aquel año. Quizás si hubiera ido cuando tocaba no habría sido tan divertido. Ese día Patri entendió que tenía suerte de estar allí y que tenía que disfrutarlo tanto como pudiera porque, a veces, por mucho que uno quiera, los planes cambian en menos de cinco minutos...

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital